

# Los secretos familiares del talentoso Paul de Man

◆ Por Walter Gallardo  
PARA LA GACETA - MADRID

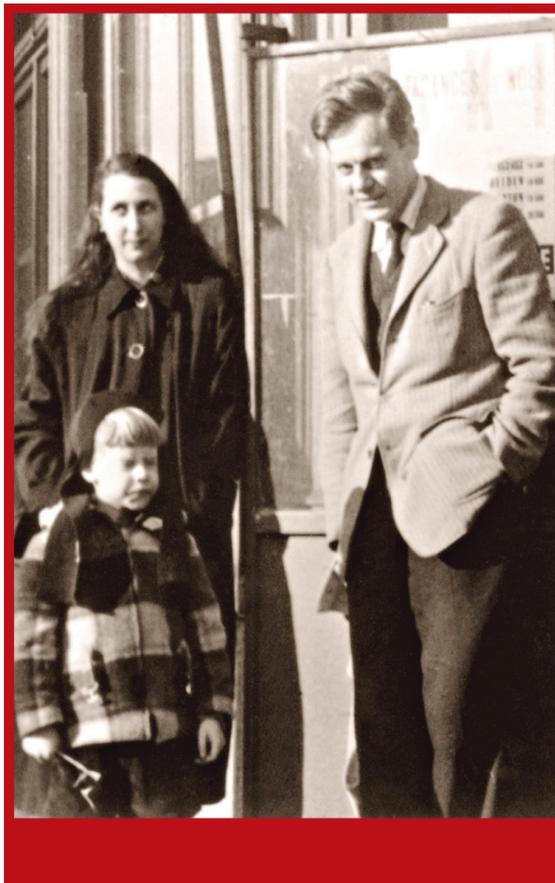
El nombre del profesor Paul de Man aparecería en la portada de *The New York Times* dos veces en un lustro: la primera, en diciembre de 1983, para lamentar su muerte, en la cúspide de su carrera académica. Destacaba la crónica su aporte a la teoría y crítica literarias, su brillante paso por las prestigiosas aulas de Johns Hopkins o Cornell, la excelencia alcanzada en Yale, el pesar que esta pérdida causaba en cientos de alumnos, convertidos en hechizados seguidores, y en colegas rendidos a su magnetismo e inteligencia. La segunda vez sería por un motivo muy distinto: revelaría bochornosos detalles de su pasado de engaños, fraudes, robos y traiciones. En particular, sacaría a la luz su colaboración periodística con los nazis durante la ocupación de su país, Bélgica, en la Segunda Guerra Mundial. Eran decenas de artículos escritos en el diario *Le Soir*, conocido entonces como *Le Soir Volé* por su sometimiento a la censura.

Ante esto, nadie podía negar lo que algunos sabían y callaron o lo que la mayoría ignoraba: Paul de Man había sido un genial impostor. De un solo golpe, todos se enterarían, por ejemplo, de su huida a Nueva York para evitar una condena por estafa, el abandono de su mujer y de sus hijos en Argentina, su condición de bígamo al casarse con una alumna, Patricia Kelley, sin haberse divorciado de su esposa Anaide Baraghian y de su enfermiza propensión a no pagar las deudas.

Entre todo este material, los secretos familiares ocupaban un espacio oscuro y turbador, y per-

mitían observar el mapa moral, con cumbres, desiertos y abismos, de su juventud; y con ello, descifrar sus comportamientos indolentes e inescrupulosos, en los que la arbitrariedad de los deseos anulaba su conciencia.

Podríamos comenzar con su tío. ¿Por qué a lo largo de su vida mentiría que Hendrik de Man, y no Robert de Man, era su padre? Quizás lo explica la admiración que sentía por él y su afán de parecersele. Su tío era una personalidad insoslayable en la política belga. Ostentaba el don de la persuasión y una inteligencia aguda y veloz, además de una instintiva sagacidad para moverse en los laberintos del poder. De hecho, ejerció una activa influencia en el joven rey Léopold III y en la reina madre, Elisabeth, con quien tuvo un romance. Ese conjunto de habilidades y privilegios, le serviría para escalar posiciones hasta llegar a viceprimer ministro durante la guerra. A la vez, lideraba a su antojo el Partido Obrero Belga, tanto que lo hizo pasar sin escalas de un ideario socialista al fascismo para luego disolverlo. En definitiva, el partido era él. Se consideraba a sí mismo un asceta, aunque no se abstuviera de los lujos de las clases altas, como esquiar en los Alpes, practicar equitación cada mañana en el Parque del Rey o vivir en un exclusivo barrio de Uccle, en Bruselas. Al acabar la contienda, sería juzgado por traición a la patria. Pero no cumpliría ninguna condena. Por entonces residía en Suiza, donde en el verano de 1953 decidió quitarse la vida estrellando su automóvil contra un tren en marcha.



Otro antecedente traumático sería su hermano mayor. Rik era el preferido de su madre, un chico algo inmaduro, travieso y con dificultades de aprendizaje. A los 18 años violó a su prima Minime y a raíz del escándalo familiar y

público que esto provocó, otras jóvenes se animaron a denunciarlo por lo mismo. Para el apellidado de Man sería sólo una mancha más. Todos estaban al tanto de otras historias con su sello: desde el abuelo Joseph que gol-

peó a un cura casi hasta matarlo por haberle exigido a su esposa que respetara la cuaresma hasta el enredo indisimulado de romances e infidelidades entre parientes. Como su tío, Rik moriría atropellado por un tren mientras montaba en bicicleta.

Esta desgracia socavaría aún más la convivencia familiar. Bob, su padre, había renunciado a los asuntos domésticos hacía ya mucho tiempo. El trato hacia Paul era distante y esporádico, y nulo hacia su esposa. Muchas noches no volvía a dormir. Solía mostrarse en público con sus amantes, incluso las llevaba en ocasiones a casa para presentarlas como amigas. La situación condujo a Paul a acentuar su retraimiento, a adquirir un aire de permanente desconfianza que algunos confundían con timidez. Fuera del infierno hogareño, destacaba como estudiante en el Royal Athenaeum, el colegio más exclusivo y exigente de Amberes. Era su remanso. Al acabar el secundario, a los 18, sería el alumno más premiado. Hablaba ya cuatro idiomas. Sin embargo, a su brillantez se oponía una necesidad elemental: conquistar el cariño de su madre, Madeleine, depresiva, con continuas y prolongadas crisis que la aislaban del mundo y mostraban un rostro que ella ya no habitaba. La muerte de Rik, su debilidad, había acelerado el declive. Sus caricias ahora estaban cada vez más lejos. Por encargo de su padre, Paul cuidaba de ella. Debía estar alerta a que no repitiera sus numerosos intentos de suicidio. Aun así, una tarde, al volver a casa, la encontraría colgando con una soga al cuello en el

cuarto de planchar. Desde entonces, todo cambió definitivamente. Su inteligencia, refinamiento y encanto serían los rasgos que esconderían en el reverso una personalidad deshonesto, esquinala, arribista e insensible. Consideró, al parecer, que él ya no era responsable del sentido moral de sus actos sino el resultado de sus circunstancias y apremios. Desde allí creció tanto el Paul de Man admirado como el tramposo y miserable con su doble vida.

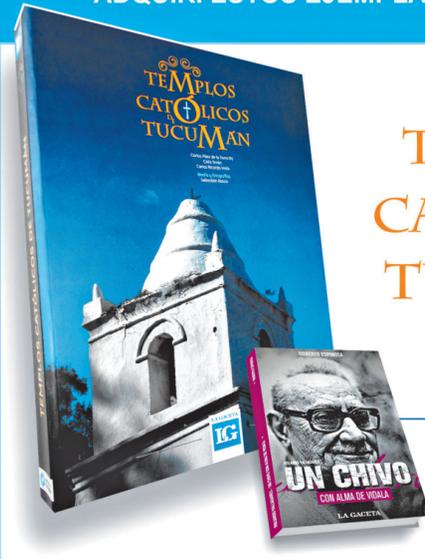
Sin ánimo de desacreditarlo, su segunda esposa, Patricia, contaría a modo de anécdota cariñosa que Paul tenía el hábito de pasar largos ratos mirándose en un espejo y que esa actitud a ella le causaba gracia. Al leer esa breve historia de la vida íntima en la preparación de este trabajo periodístico y de otro literario en marcha, encontré en ella una imagen ilustrativa de un hombre que, como Narciso, sufre "la condena" de estar enamorado de sí mismo. En la versión romana de este mito hay una referencia de Ovidio que podría ayudar a interpretarlo: la madre de Narciso, preocupada, acude a un vidente para consultar el futuro de su hijo altivo y egoísta. El vidente, Tiresias, le anuncia como un veredicto: "Viviré hasta una edad avanzada mientras no se conozca a sí mismo". Con Paul de Man se cumplió parcialmente, falleció a una edad algo temprana, a los 64 años, pero mientras vivió, casi nadie supo, y quizás él tampoco, exactamente quién fue.

© LA GACETA

Walter Gallardo - Periodista tucumano radicado en España.

## EDICIONES ESPECIALES LA GACETA

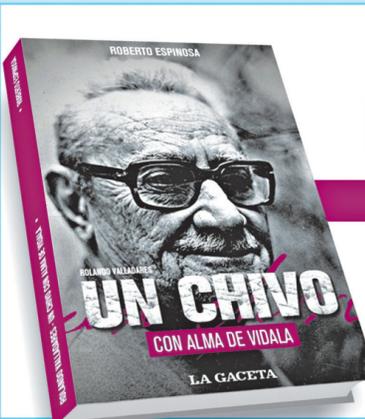
ADQUIRÍ ESTOS EJEMPLARES DE COLECCIÓN



### TEMPLOS CATÓLICOS DE TUCUMÁN

Autores:  
Carlos Páez de la Torre (h),  
Celia Terán, Carlos Ricardo Viola  
y Sebastián Rosso

PRECIO \$9.000  
DE REGALO LIBRO CHIVO VALLADARES



### ROLANDO VALLADARES UN CHIVO CON ALMA DE VIDALA

Autor:  
Roberto Espinosa

PRECIO \$4.500 Club 20% OFF  
LA GACETA

LA GACETA  
ESTÁ CON VOS

Podes conseguirlos en  
LA GACETA - Mendoza 654  
De Lunes a viernes  
de 8 a 14 y de 15 a 21 hs.

## La necesidad del consuelo

Nuestra sociedad tiende a ocultar el dolor o a privatizarlo. Compartir nos alivia al unirnos a los demás. Compartir la pena nos hace más humanos

◆ Por Jaime Nubiola  
PARA LA GACETA - PAMPLONA

Hace un mes falleció inesperadamente mi hermana pequeña Eulalia. Tenía 64 años y gozaba de buena salud. Su corazón se detuvo al levantarse de la cama en la mañana del domingo 23 de julio. Para mí ha sido un golpe devastador del que, conforme pasan los días, poco a poco he ido recuperándome. La actividad me ha ayudado, por así decir, a anestesiar el dolor. También la oración. Además he podido estar una semana en Buenos Aires con ocasión de una reunión académica y he aprovechado para encontrarme con numerosos amigos argentinos.

Me ha llamado la atención cómo el compartir el dolor de la muerte de mi hermana con mis amigos y personas queridas, aunque traiga al presente la pena, alivia su intensidad al sentir el cariño y el apoyo de los demás. Probablemente sea esta una experiencia universal, pero cuando uno la vive en primera persona, en la propia carne o más bien en el propio corazón, se ilumina algo muy profundo de la condición humana. No somos islas, no podemos aislarnos con nuestro dolor a solas. Compartir nuestra pena nos alivia al unirnos a los demás, al estrechar los lazos afectivos con aquellas personas a quienes queremos.

Esta necesidad de consuelo no es debilidad, ni tampoco es amargar la vida de los demás. El que nos apoyemos afectivamente unos en otros es en un sentido muy profundo lo que nos hace humanos. Todos tenemos bien comprobado cómo los niños recién nacidos adquieren su humanidad al calor del cariño de sus padres. Algo parecido podría decirse de la muerte: el compartir la pena nos hace más humanos.

Como destacó el filósofo escocés Alasdair MacIntyre, los seres humanos somos animales racionales y dependientes, esto último, sobre todo, al comienzo y al final de la vida. Frente a la imagen individualista moderna del hombre aislado y solitario, el reconocimiento de que dependemos unos de otros es un logro formidable: el descubrimiento de que en nuestra vida social hay tanta interdependencia como puede haberla en una familia, ayuda a restaurar el sentido fraterno de una genuina vida comunitaria. No quiero tener una pena

a solas: no solo necesito el consuelo de los demás, sino que los demás necesitan también que les deje adentrarse en mi pena y eso no solo alivia mi dolor, sino que también a ellos y a mí nos hace más humanos.

Nuestra sociedad tiende a ocultar el dolor o a privatizarlo, a considerarlo un asunto privado que quizás incluso puede gestionarse con medicación analgésica. Por el contrario, lo que estoy queriendo decir en estas líneas es que el compartir el dolor es también una forma de amor, pues convierte las relaciones afectuosas en verdaderas relaciones familiares, ya que en cierto sentido nos hace hermanos. Como se dice en las coplas de Jorge Manrique, «la muerte a todos iguala». Nos ayuda a descubrir que somos vulnerables y que estamos muy necesitados de los demás.

En este sentido, los centenares de mensajes de condolencia y los diversos modos en los que tantas personas me han expresado su afecto y solidaridad no me han parecido en modo alguno un formalismo social vacío de sentido. Al contrario, me han parecido una maravillosa afirmación de nuestra común humanidad, de nuestra capacidad solidaria de compartir el dolor.

El día del fallecimiento de mi hermana venían con fuerza a mi memoria aquellos versos de Miguel Hernández en la muerte de su joven amigo Ramón Sijé "con quien tanto quería": Temprano levantó la muerte el vuelo, / temprano madrugó la madrugada, / temprano estás rodando por el suelo. / No perdono a la muerte enamorada.

Nunca estamos preparados para la muerte de una persona querida, más todavía, como en el caso de mi hermana, si muere "antes de tiempo".

En medio del dolor he descubierto que el compartir la pena nos hace más humanos, más cercanos, mejores personas. La necesidad del consuelo nos ayuda a descubrir la hondura de nuestra común humanidad, de nuestra fraternidad.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

